

acciones, pensamientos y deseos: este, pues, debe ser nuestro cuidado en lo sucesivo para conseguir su presencia invisible en este mundo, y despues la visible en el otro.



LA FIESTA DEL SANTISIMO SACRAMENTO.

Esta festividad no solo es la mas augusta, la mas pomposa, y una de las mas célebres de todas las solemnidades, sino que ademas de esto es la primera y mas antigua de todas las de la iglesia. Todas las otras, á lo menos las mas solemnes, son de institucion apostólica, pero esta fué instituida por el mismo Jesucristo en la última cena, antes de su Pasion. Su institucion es la misma que la del divino sacrificio, y se puede decir que el mandato del Salvador á sus apóstoles, y en ellos á toda la iglesia de que hicieran en memoria de él lo que él acababa de hacer, ha hecho la fiesta de la cena del Señor, del Santísimo Sacramento, la cual tuvo su origen y nacimiento en la institucion y en la celebracion de este divino sacrificio, á que se siguió la comunion de los fieles congregados para comer el cuerpo de Jesucristo y para orar. Sin sacrificio no hay religion, no hay iglesia. Se puede decir tambien que esta festividad ha sido perpetua en la iglesia, como la de la Santísima Trinidad. Pues así como la Santísima Trinidad es el objeto esencial y primitivo de nuestro culto en todas las solemnidades de nuestra religion, así la Eucaristía es el sacrificio perpetuo y el culto mas santo que se da á Dios en todas las fiestas.

Ningun misterio de Jesucristo hay, de que el Santísimo Sacramento no sea representacion y recuerdo, ninguno tampoco que no sea dignamente celebrado por la divina Eucaristía en el Sacrificio de la Misa. ¿Qué solemnidad hay en la iglesia, que no sea la fiesta, por decirlo así, del Santísimo Sacramento? A la verdad, las grandes fiestas, dice San Juan Crisóstomo, se distinguen por la magnificencia y riqueza de los adornos que se ponen en nuestras iglesias, y por el concurso extraordinario de

pueblo que se junta gozoso en ellas en semejantes dias; pero en sustancia lo que hace toda la celebridad, la dignidad y el regocijo, es el divino sacrificio que se ofrece. Y puede decirse con verdad, que ofrecer el divino sacrificio, es hacer su fiesta, pues es celebrar solemnemente la memoria de su institucion, y hacer en memoria de Jesucristo lo que hizo él mismo en su última cena.

¿Qué encomios, qué alabanzas, que expresiones serán suficientes para celebrar el augusto misterio de la Sagrada Eucaristía que hoy veneramos? “Estiéndete hasta donde quieras en las alabanzas de este sacramento,” nos dice Santo Tomás; “no pienses que te excedes en ellas, pues es mayor que todas las que puedan tributársele, y nadie será suficiente para alabarlo como se debe.” ¡O Señor y Dios mio! ¿cómo se atreven mis labios impuros á hablar de este incomprendible misterio? ¿Cómo mi corto entendimiento podrá manifestar algo de lo mucho que hay en él, cuando no son bastantes para ello las inteligencias celestiales? Me contentaré, Señor, con adoraros humilde, y decir á mis hermanos los católicos, que la festividad del Santísimo Sacramento del altar, es como la característica de los católicos, apostólicos romanos: que uno de los obsequios que debemos ofrecer á nuestro amoroso Jesus, es hacer alarde de creer este misterio, de que lo confesamos y adoramos con los afectos mas tiernos de gratitud y respeto, para de esta manera confundir el orgullo de los hereges que se han atrevido á negar la realidad de la conversion de la sustancia de pan en el cuerpo de Jesucristo, y la del vino en su sangre preciosa, en virtud de las palabras de la consagracion que el sacerdote pronuncia en persona del mismo Jesucristo. Procurando nosotros dar á conocer nuestra creencia firme, y nuestro amor verdadero á Jesus Sacramentado, de suerte que la heregía desmaye y aun prescinda del intento de seducirnos, cumpliremos con el espíritu que la Iglesia tuvo en establecer esta festividad.

Por la misma razon que se ha dicho de que por el Sacrificio de la Misa, que se ofrece diariamente es una fiesta continuada la del Santísimo Sacramento, la santa iglesia en mucho

tiempo no pensó hacer una fiesta particular al Santísimo Sacramento, hasta que en fin, la Divina Providencia, previendo sin duda que en estos últimos tiempos se habian de levantar unas sectas impías, que combatirían, y aun profanarían con todo género de impiedades este divino misterio, inspiró á la iglesia que aumentara y extendiera su solemnidad por medio de una fiesta particular y una octava de las mas solemnes. Ved aquí la historia de esta institucion.

La bienaventurada Juliana, priora del monasterio de Monte Cornillon, cerca de Lieja, fué el instrumento de que se sirvió Dios para poner los primeros cimientos de esta nueva solemnidad. Nació esta vírgen virtuosa el año de 1193 en la aldea de Retines, de padres muy ricos, los que perdió de edad de cinco años. Llevada desde entónces por su tutor á Monte Cornillon, estuvo de pensionista con las religiosas que cuidaban del hospital acabado de edificar á la falda del monte. Esta inocente alma, prevenida casi desde la cuna de las mas dulces bendiciones del Señor, hizo grandes progresos en la virtud. Con dificultad se verá una humildad mas profunda, un mérito mas extraordinario, y una inocencia mas perfecta con unas austeridades tan rigorosas. El amor al retiro y la vida oscura fué siempre su pasión dominante; y las íntimas comunicaciones que tenia con Dios en la oracion, le aumentaban todos los dias los atractivos de aquel género de vida. Su ternura hácia la Santísima Vírgen parecia haber nacido con ella; pero su virtud predilecta, y la que hizo siempre su carácter y su distintivo, fué una devocion extraordinaria al Santísimo Sacramento. Meditaba sin cesar sobre esta prenda inestimable que Jesucristo dejó sobre la tierra en señal del amor inmenso que nos tiene, y no podia comprender cómo los cristianos, poseyendo este tesoro, pudiesen amar ninguna otra casa. Hubiera querido que todas las riquezas del mundo se hubieran empleado en adornar nuestras iglesias y enriquecer los sagrados altares. Estaba ocupada de estos sentimientos tan justos y religiosos, cuando tuvo una vision que no comprendia, y que la dió mucha pena. Vió la luna en su lleno, pero con una brecha ó agujero: la devota

Juliana creyó que era una ilusion del demonio, que queria apartarla de la oracion. Hizo cuanto pudo por verse libre de aquella: oracion, lágrimas, austeridades, de todo se valió; pero nada hizo desaparecer aquella imágen de delante de sus ojos; siempre que se ponía en oracion se le presentaba la misma vision, y ninguno de sus directores supo interpretársela. Finalmente, Dios la dió á entender que la luna significaba la Iglesia, y que el agujero significaba la fiesta del Santísimo Sacramento, que faltaba en aquel tiempo para la perfección de la disciplina de la Iglesia. Revelóla al mismo tiempo que la habia elegido para solicitar con los ministros de la Iglesia esta fiesta particular y solemne, cuyo objeto habia de ser honrar y reparar en cierto modo con esta pública celebridad las irreverencias y faltas de respeto que se cometen contra este adorable misterio. Asustose de la comision; y aunque no podia dudar que era de Dios la revelacion, su humildad se la hacia sospechosa, y así la tuvo en silencio cerca de veinte años, procurando con su devocion á la adorable Eucaristía suplir en algun modo lo que la Iglesia no habia establecido aun. Mas, en fin, el año de 1230, habiendo sido elegida priora, se sintió interiormente mas solicitada á declararse sobre el asunto; y temiendo resistirse á la voluntad de Dios, se descubrió reservadamente á un canónigo de Lieja, hombre santo y con quien tenia mucha confianza, y le rogó trabajase con todo su celo con las potestades eclesiásticas. El santo canónigo se encargó gustoso de la comision, y la ejecutó con el suceso que se podia desear. Todos aprobaron y aplaudieron su pensamiento, tan conforme al espíritu de la Iglesia. Los que se mostraron mas celosos por esta institucion fueron los de la órden de Predicadores con su prior, fray Hugo de San Caro, que despues fué cardenal; Güido de Leon, obispo de Cambrai, y el arcediano de la iglesia de Lieja, Jacobo Pantaleon de Troyes, que despues fué papa bajo el nombre de Urbano IV. Bien pronto tuvo la bienaventurada Juliana el consuelo de ver establecida esta fiesta en toda la diócesis de Lieja, por un edicto del obispo Roberto el año de 1246 y celebrada con una solemnidad extraordinaria.

El papa Urbano IV, que siendo todavía arcediano de Lieja, habia aprobado tanto la institucion de esta fiesta, como hemos dicho, no bien se vió elevado al sumo pontificado, cuando pensó hacerla fiesta de precepto. Las instancias de muchos grandes prelados, y los continuos ruegos de una santa reclusa, llamada Eva, que habia sobrevivido á la bienaventurada Juliana, su amiga, movieron al papa á hacer este establecimiento; pero las turbaciones de la Italia, y otras necesidades urgentes de la Iglesia, retardaron su ejecucion hasta que un prodigio acaecido en Bolsena, en la diócesis de Orbieto, determinó al papa á expedir una bula para que en toda la Iglesia se celebrase esta festividad con la mayor solemnidad posible. Este prodigio fué, un corporal, que quedó ensangrentado todo con la sangre de Jesucristo por haber caido en él algunas gotas del cáliz por descuido de un sacerdote al decir misa. La bula es del año de 1262: al principio dá el papa una idea sublime del inmenso amor que nuestro Salvador nos muestra en este divino sacramento, y de los infinitos bienes que encierra la sagrada Eucaristía. “Jesucristo, despues de habernos dado todas las cosas, (dice el papa) se nos dá á sí mismo;” y exclama: “¡oh liberalidad impensada, donde el don que se nos dá es la persona misma del que nos lo dá! ¿Puede subir mas de punto la liberalidad, que cuando uno, despues de habernos dado todo cuanto tiene, se nos dá á sí mismo?” Jesucristo se hace nuestra comida, para que así como el hombre se habia procurado la muerte comiendo de la fruta vedada, así se procurase la bienaventurada inmortalidad comiendo este pan de vida. “Aunque todos los dias se celebre (prosigue este gran papa) la fiesta del Santísimo Sacramento, ofreciéndose el divino sacrificio, nos parece muy apropósito señalar un dia cada año que le esté particularmente consagrado por una fiesta de las mas solemnes, aunque no fuera sino para confundir la abominable impiedad y la extrema necedad de los hereges de estos últimos tiempos. Es verdad que el juéves santo, que es el dia en que Jesucristo instituyó este divino sacramento, celebra la Iglesia su fiesta con solemnidad; pero está tan ocupada en llorar la

“muerte del Salvador, y en tantas otras sagradas ceremonias, que no puede atender con bastante particularidad á la solemnidad de este divino misterio, el cual se debe celebrar con un santo gozo y una pompa extraordinaria, para mas darnos á conocer la gloria y la dicha que tenemos en poseer el vivo cuerpo de Jesucristo nuestro Salvador y nuestro Dios. Y si la conmemoracion que hacemos todos los dias de muchos santos, ya en la misa, ya en las letanías, no impide el que la Iglesia les asigne un dia en el año para hacerles una fiesta particular mas solemne, con mucha mas razon se debe practicar esto con el mas grande y mas augusto misterio de nuestra religion, cual es la adorable Eucaristía. Y tambien para que todos los fieles procuren en esta fiesta particular, y en esta extraordinaria solemnidad, reparar, por su devocion y por su culto, su negligencia, su ingratitud, su falta de respeto y sus irreverencias para con este divino misterio. No podemos ignorar lo que el Señor ha revelado á personas de una virtud eminente, cuánto desea que esta fiesta se celebre universalmente en toda la Iglesia, como lo hemos sabido antes que fuésemos elevados á la suprema dignidad en que la misericordia de Dios nos ha colocado. Y así, para que la fé de los fieles sea mas viva y fervorosa para con este augusto sacramento, ademas del honor que se le tributa todos los dias, ordenamos que se le haga todos los años una fiesta particular con toda la celebridad posible, y con toda la pompa y magnificencia que es debida al sagrado cuerpo de Jesucristo, en quien reside sustancialmente toda la divinidad; designando para esta augusta solemnidad el juéves despues de la octava de Pentecostés, para que este dia, el clero y el pueblo, se esmeren á cual mas en dar pruebas señaladas de su viva fé y de su tierna devocion al Santísimo Sacramento por medio de un culto público mas religioso, y por cánticos de alabanza.” Despues exhorta á todos los prelados y al clero, á quienes va dirigida la bula, que celebren todos los años esta fiesta con mucha magnificencia y dignidad; y les encarga exhorten á todos los fieles, desde el domingo antecedente, á que se dispongan con todo género de

buenas obras á celebrar esta insigne solemnidad, y sobre todo, á ponerse en estado de comulgar dignamente el día de la fiesta. "Por lo que á nos toca, (añade) no queriendo omitir nada para excitar á todos los fieles con dones espirituales á celebrar esta gran fiesta con todo el celo y fervor que pide este Dios escondido, concedemos á todos los que verdaderamente contritos y confesados, asistieren á las primeras vísperas, maitines, á misa, y á las segundas vísperas, cien años de indulgencia por cada vez, y cuarenta años por la asistencia á cada una de las horas menores, y cien días de indulgencia á todos los que asistieren á las vísperas, á los maitines, á la misa y á las horas menores del oficio divino durante la octava."

El papa Clemente V confirmó solemnemente, en el concilio de Viena, el año 1311, esta bula: lo mismo hizo el papa Juan XXII cinco años después, y desde entonces se ha celebrado esta fiesta con mas solemnidad que antes en toda la Iglesia universal.

Lo que todavía le dá mas lustre, y la distingue de todas las otras, es la procesion solemne, en que el cuerpo de Jesucristo se lleva en triunfo por las calles con mucha ostentacion y con una pompa la mas magnífica y religiosa que cabe. Con este pomposo triunfo intenta la Iglesia celebrar, el que Jesucristo ha hecho alcanzar á su Iglesia de los enemigos de este misterio; y reparar de algun modo los ignominiosos ultrajes que le hicieron en las calles de Jerusalem, y los que recibe aun todos los días de los malos cristianos en los templos. Los impíos errores de Berengario, Arcediano de Angers sobre la realidad del cuerpo de Jesucristo en el Santísimo Sacramento, fueron sin duda uno de los motivos para esta institucion; y por eso esta procesion se hace con tanta magnificencia en Angers, donde Berengario enseñó el error á principios del siglo once.

La traslacion del Arca del Antiguo Testamento, de Cariarín á la casa de Obededon, y de aquí á Jerusalem, y á que asistió el santo rey David seguido de una infinidad de pueblo, era figura de la procesion solemne que hace este día la Iglesia, y del gozo cristiano que acompaña á esta fiesta.

Dispongámonos, pues, á celebrar esta gran solemnidad; pero hagámoslo de modo que nuestra alegría y culto exterior sea la expresion de nuestros sentimientos interiores. Acerquémonos hoy á la sagrada mesa; mas no solo acompañados de la fé, sino de la contricion y confesion de nuestras culpas; porque si así no lo hacemos, comeremos en el cuerpo y sangre de Jesus nuestra eterna condenacion. Con aquellas excelentes disposiciones acerquémonos á Jesus sacramentado, adorémosle humildemente, acompañémoslo en su triunfo público, entonemos sus alabanzas, ofrezcámosle en el altar de nuestro corazon, ya purificado en el sacramento de la penitencia, el homenaje de nuestra creencia, demos un día de gloria á nuestra Madre la Iglesia, que no solo nos manda con su autoridad, sino que nos recomienda con ternura la devocion al sacramento sacrosanto de la Eucaristía.

Como el oficio de la misa de este día es el mismo que el de el día de la octava, se remite á este último día su esplicacion, por no hacer demasiado larga esta historia.

La epístola es del capítulo XI de la primera del apóstol San Pablo á los Corintios.

Hermanos: Yo pues aprendí del Señor, lo que tambien os tengo enseñado, y es que el Señor Jesus la noche misma en que habia de ser traidoramente entregado, tomó el pan, y dando gracias, le partió y dijo: Tomad y comed, este es mi cuerpo que por vosotros será entregado: haced esto en memoria mia. Y de la misma manera tomó el cáliz despues de haber cenado, diciendo: Este cáliz es el nuevo testamento en mi sangre: haced esto cuantas veces le bebiereis en memoria mia. Pues todas las veces que comiereis este pan y bebiereis este cáliz, anunciareis la muerte del Señor hasta que venga. De manera que cualquiera que comiere este pan ó bebiere el cáliz del Señor indignamente, reo será del cuerpo y de la sangre del Señor. Por tanto, examínese á sí mismo el hombre; y de esta suerte coma de aquel pan y beba de aquel cáliz: porque quien le come

y bebe indignamente, se traga y bebe su propia condenacion, no haciendo el discernimiento del cuerpo del Señor.

El evangelio es del capítulo VI de San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas de los judíos: Mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre es verdaderamente bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora, y yo en él. Así como el Padre que me ha enviado vive, y yo vivo por el Padre; así, quien me come, también él vivirá por mí, y este es el pan que ha bajado del cielo. No como á vuestros padres que comieron el maná, y no obstante murieron. Quien come este pan, vivirá eternamente.

MEDITACION.

Sobre las maravillas que se obran en el Santísimo Sacramento del altar.

Considera que el Santísimo Sacramento de la Eucaristía es un compendio de las maravillas de Dios mas estupendas y asombrosas. Así lo llama el profeta David, y así lo manifiesta la doctrina católica de la Eucaristía. La transustanciacion de la sustancia de pan en el cuerpo de Cristo, y de la sustancia de vino en su sangre preciosísima, sin que mudada la sustancia se muden los accidentes del pan y del vino, es un milagro de primer orden, que bien ha habido menester la omnipotencia de todo un Dios. El estado sacramental de Cristo, que á modo de sustancia está todo en el todo, y todo en cada parte de las divisibles, y en todas y cada una con presencia real corporal, en toda integridad de su cuerpo sacratísimo, que es uno y mismo aunque esté en infinitas partículas, y sin dejar de ser uno y mismo, adquiere una como inmensidad por la multitud incomprensible de consagraciones, y que estando glorioso en el cielo en su estado natural, al mismo tiempo está en la tierra en estado sacramental, es un conjunto de tantos

portentos y maravillas tan admirables, que abismada la inteligencia del hombre y del ángel, no puede hacer otra cosa que adorar y bendecir lo que no es capaz de comprender. Solo la inteligencia increada, que es Dios, puede comprender lo que él mismo obra con un esfuerzo de su omnipotencia en este sacramento.

Considera que una obra tan admirable como la de la Eucaristía no habia de hacerse por un fin que no fuera de mucha sublimidad, ni para que surtiese un efecto de poca importancia. El fin es nada menos que la union mas íntima del hombre con su Dios por gracia y caridad; y para ello produce en el alma esta gracia inestimable que la alimenta y nutre, y la hace crecer en virtud y santidad delante de Dios, resultando de todo una gloria infinita para Dios, cuya bondad es por la que el mismo Dios obra, y á la que como á último fin dirige todas sus operaciones. Ahora entenderemos bien que si esta obra de la Omnipotencia es toda maravillas en sí misma, es también admirable en sus efectos. Por ella se tiene una víctima de infinito valor que se sacrifica místicamente todos los dias sobre nuestros altares: por ella se tiene un maná celestial, un pan de ángeles con que se alimenta el pueblo cristiano para hacer la peregrinacion de esta vida á la tierra de promision: por ella habita Jesucristo en la tierra, haciéndonos compañía y ayudándonos á trabajar en el negocio de nuestra salvacion. ¡Oh, y qué portentos, qué bondades encierra la sagrada Encaristía!

PETICION Y PROPOSITOS.

Haced, Señor, que yo conozca cuanto me sea dable los tesoros de gracia y bendicion que depositais en este adorable sacramento; haced que los perciba y que surtan en mí su saludable efecto, y para ello haced que yo me acerque á la sagrada mesa con tal disposicion, cual debe haber en un cristiano fervoroso, fiel y agradecido á tanto beneficio.

SACULATORIA.

He aquí el Tabernáculo de Dios con los hombres: ellos se-
ran su pueblo.

LECCION.

Sobre el amor de Jesucristo en el sacramento de la Eucaristía.

La religion católica nos ofrece en cada una de sus verdades una materia capaz de ocuparnos enteramente y tenernos sus-
pensos en una dulce admiracion. Nuestro entendimiento, cuan-
do medita cualquiera de estas verdades importantes, cuando
les sabe dar el peso que ellas merecen, se halla anegado en un
mar de satisfacciones y de consuelo. Nuestra alma, que no
aspira mas que á la posesion de la verdad, en ninguna cosa
descansa mas satisfecha como en la especulacion de nuestros
misterios sacrosantos. El testimonio irrefragable de Dios, apo-
yo firmísimo que sustenta nuestra fé, es la delicia de nuestro
entendimiento. Esta potencia noble de nuestra alma, que no
se satisface en todas las verdades naturales con menores testi-
monios que con aquellos que casi conducen hasta la evidencia,
se aquieta y descansa en el conocimiento de unos arcanos tan
estupendos, y sin poderlos ver ni tocar, afirma que son mas
ciertos que las cosas que se ven con los ojos y se palpan con
las manos, porque sabe que el fiador de su creencia es el Dios
de la sabiduría, incapaz de engañarse, y el Dios de la santi-
dad, que no puede engañar; por eso sábiamente cantó David:
Tus testimonios se han hecho creibles en gran manera.

Supuesto, pues, el don inestimable de la fé, ¿podrá haber
cosa mas dulce que la meditacion y conocimiento de estas ver-
dades? Con razon exclamó el contemplativo David: *¡Oh Dios
mio, cuan dulces son para el paladar de mi alma tus palabras; la
suavidad que ellas me causan, no tienen comparacion con la miel!*
Pero sin embargo de que cualquiera de las verdades reveladas

hiere nuestro entendimiento con su brillo, y abrasa nuestra vo-
luntad con su hermosura, no hay otra capaz de excitar mas
nuestro respeto y satisfacer nuestra alma, que la de que ahora
tratamos. Porque ¿podrá darse mayor satisfaccion y grande-
za que sea digna de compararse con la que tenemos, sabiendo
que somos una generacion gloriosa, que tenemos la excelencia
de poseer á un Dios omnipotente, que se nos acerca tanto has-
ta ponerse en medio de nosotros? Dios habita sobre la tierra
y se pone presente á nuestros ojos de un modo el mas admira-
ble. En el Sacramento del altar está el Verbo hecho Hombre,
rodeado de ángeles y ostentando toda la magestad y gloria
con que hace la bienaventuranza de los justos en el empireo.
Los cielos no son capaces de encerrar su grandeza, mas él se
fabricó su habitacion entre nosotros. Este portento debe lle-
nar de pasmo nuestro corazon, y hacerlo saltar de gozo.

Y bien, ¿cuál es el origen de estos portentos? No otro si-
no el amor, aquel amor con que Dios nos ha amado desde la
eternidad, aquel amor, fuente de todos los beneficios que he-
mos recibido de su mano; aquel amor clemente que respiran
los bienaventurados en el cielo; aquel amor, principio de todo
nuestro bien, pues Dios nos crió, porque nos amó; nos redimió,
porque nos amó; nos hizo nacer en el seno de la única y ver-
dadera Iglesia, porque nos ama; nos mantiene vivos, porque
nos ama; no nos ha precipitado al abismo, porque nos ama, y
jamás se hallará causa mas adecuada de los beneficios que de-
bemos á Dios desde el mas grande hasta el mas pequeño. Es-
te amor inesplicable, del que Dios nos ha dado tantas pruebas
desde que crió el cielo y la tierra, nos lo quiso manifestar con
el último esfuerzo de su poder en el Sacramento venerable del
altar: esta es la perpetua memoria de sus maravillas: aquí se
deja ver lo mas violento y encendido de su amor; pues Dios
en él ha hecho las demostraciones mas grandes de su omni-
potencia, nos ha dado los mayores dones, y lo que es mas, en él
ha depositado cuanto nadie es capaz de ponderar; tres razones
que manifiestan el amor de Jesucristo en su último grado, y
nuestra ingratitud en su último extremo.

Sí, lector cristiano, el amor es un fuego que abrasa á los sujetos mas frios, que hace hervir la sangre mas helada, y ejecutar lo que sin él jamas hubieran emprendido. Seriamos demasiado difusos si quisiésemos referir aquí los hechos innumerables, solo del sexo débil, que comprueban esta verdad. Si pues tales efectos produce en los flacos y quebradizos mortales, ¿cuáles serán los que habrá causado en Jesucristo, Dios y Hombre, de poder inmenso? Volvamos los ojos al milagro del amor, que solo puede comprenderlo el que lo obró, al compendio de las maravillas del Señor, al término de la omnipotencia, como le nombra San Agustin, al máximo de todos los milagros, como dice Santo Tomas. Allí, viendo los accidentes de pan, adoramos un cuerpo con todos sus miembros, con toda su sangre y huesos; allí está tambien la alma soberana del Dios Hombre; hay mas: está Dios vivo real y verdadero: está todo en toda la hostia, y todo en cualquiera parte de la hostia. ¡Oh prodigio! ¡Oh pasmo! ¡Oh fuerza invencible de amor; donde acaba todo el ímpetu de amor de las criaturas, allí comienzan los primeros fundamentos del amor de Jesucristo, que á manera de una columna tachonada de brillantes, se levanta hasta la infinidad!

Los amantes nada reservan para manifestar su amor; del mismo modo Jesucristo, deséandonos dar en el Sacramento del altar la última prueba de su amor, llamó en su auxilio todos los tesoros de su infinita grandeza. Por una parte su omnipotencia le facilita los mayores imposibles para verificar los desig- nios de su amor; por otra, su sabiduría sin límites le dicta los modos de poner en práctica cosas que jamas hubieran podido imaginar los querubines mas sábios. Aquí en el Sacramento del altar se descubre el amor, trastornando todas las leyes de la naturaleza, y todos los secretos de la filosofía, violentando á las sustancias creadas para que sean una cosa distinta de lo que han sido, sin dejar de parecer lo que fueron: en fin, se observa que Dios levanta la mano de la Omnipotencia extraordinaria, y hace mas de mil milagros que contiene este sacramento admirable. Pero no hay que maravillarse que use Jesucristo de

tanto poder sobre las criaturas, cuando lo ejercita sobre su misma divinidad, sobre sí mismo: se aniquila en cierto modo, se humilla para ponerse bajo las especies de un poco de pan y un poco de vino. ¡Santo Dios! mi espíritu se llena de un pasmo superior á toda ponderación. Si Dios á nuestro modo de entender se hizo tan pequeño vistiéndose de nuestra carne, mas pequeño parece haciéndose nuestro manjar: en la encarnacion se encogió en cierto modo la Divinidad para encerrarse en un cuerpo tan limitado, aquí se estrechan la divinidad y la humanidad cuanto no es capaz de fingir nuestra imaginacion. De suerte que al ver la hostia venerable en manos del sacerdote, podemos medir á nuestra satisfaccion su altura, su latitud y su profundidad: podemos considerar á todo un Dios en aquellas manos, que nuestro entendimiento no lo puede comprender. Parece que Dios se ha empeñado en aniquilarse delante de nosotros, á fin de arrancar de nuestros corazones altivos aquel orgullo, aquella soberbia que nos estimula á parecer grandes. Veisme aquí, nos dice, reducido por vuestro amor á tanta pequeñez que mi sustancia parece una nada en vuestra presencia. ¡Una hostia que se la puede llevar el aire, una gota de vino, una migaja de pan! ¡Dios Omnipotente! ¡Habrá aun quien dude que vuestro amor ha llegado al último grado, viendo que en este Sacramento habeis hecho las demostraciones mas grandes de vuestra Omnipotencia! Yo te adoro sin comprenderte, ó Dios mio, y te suplico que ese mismo amor que tantas maravillas te ha obligado á hacer por nosotros, se comunique á nuestros corazones, para que podamos agradecer- te cuanto nos sea posible tan grande beneficio.

DOMINGO

INFRAOCTAVA DEL SANTISIMO SACRAMENTO Y SEGUNDO DESPUES DE PENTECOSTES.

Este domingo no es otra cosa que la continuacion de la solemnidad del Santísimo Sacramento, y de la celebridad del triunfo de Jesucristo en la Eucaristía.